

TURISMO BALNEARIO: VIAJEROS Y ESCRITORES EN CARRATRACA, MÁLAGA (SIGLOS XVIII Y XIX)

JUAN ANTONIO RODRÍGUEZ SÁNCHEZ
Historia de la Medicina. Universidad de Salamanca

En 1777 los lectores británicos podían encontrar en la obra de Francis Carter, *A Journey from Gibraltar to Malaga*, una descripción de los baños de Carratraca (o Ardales) que por su precisión merece ser citada textualmente:

Cuatro leguas al norte de Monda, en las mismas montañas y a media legua de la ciudad de Ardales, se encuentra situado el pueblo de Carratraca, al que pertenecen los famosos baños de Ardales: constan de dos fuentes, que brotan de una colina árida y forman un estanque, en el que se pueden bañar cuarenta personas; un muro bajo, de barro, lo rodea y otro separa la parte destinada a las mujeres.

La excelencia y eficacia de estas aguas es soberana en todos los casos de llagas viejas, contusiones, inflamaciones, tumores, reumatismos y parálisis. Su clase es sulfurosa y llenas de salitre, olor desagradable y hediondo, frías en extremo y con sabor dulce y untuoso.

Visité estos baños en el año 1756, y dibujé una perspectiva de ellos. Son muy perjudicados por las lluvias en invierno, además de no poder ser utilizados por el público durante esta estación a causa de no estar techado. Gentes de todas partes de España y de las costas de Francia, procuran aquí alivio a sus dolencias, si los usan con la debida precaución, pues a menudo pueden resultar fatales, por cuya razón un médico de Casarabonela acude constantemente durante el verano.¹

1 F. Carter, *A journey from Gibraltar to Malaga*, London, T. Cadell, 1777, pp. 32-34 (hay edición castellana, Málaga, Diputación Provincial, 1981 y otra posterior en Málaga, Editorial Arguval, 1985). Para realizar el presente trabajo he atendido especialmente a los siguientes repertorios

Esta relación ejemplifica el tipo de crónica que nos ofrecen los viajeros del siglo XVIII. Debemos tener en cuenta que en dicho siglo el viaje se convirtió en una forma de aprendizaje, alcanzando su apogeo por tanto los de tipo formativo. Esto respondía a la herencia del pensamiento pedagógico de Locke, al realismo disciplinario y a las enseñanzas vertidas por el *Emile* de Rousseau que, en el último libro de esta obra, propugnaba su utilidad. La influencia de tales ideas lleva al caballero ilustrado a conocer pueblos diferentes, sus costumbres y sus formas de gobierno².

Sin embargo, para estos turistas por España, Carratraca no parece ser un lugar de interés. Y no se puede atribuir esto a la falta de importancia de sus aguas, pues, muy al contrario, desde comienzos del XVIII gozaban de gran celebridad. La medicina recuperaba el empleo de las aguas mineromedicinales y, aunque privada todavía de los conocimientos químicos suficientes y realizando una práctica fundamentalmente empírica, comienza a erigirse en importante arma terapéutica. Las obras de hidrología que se publican en esta centuria así lo prueban, al tiempo que otorgan a los baños de Carratraca un merecido renombre³.

bibliográficos: A. Farinelli, *Viajes por España y Portugal desde la edad media hasta el siglo XX. Divagaciones bibliográficas*, Madrid, Junta para Ampliación de Estudios, 1921-1930 (2 vols.); R. Foulche-Delbosc. *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal*, ed. facsimilar, Amsterdam, Meridiam Publishing Co., 1969; J. García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Madrid, Aguilar, 1952-1962 (3 vols.). Con especial referencia a los viajeros en Málaga, pueden consultarse: Canales, A. "La Málaga de Henry Swinburne", *Jábega*, 6, pp. 76-80 (1974); y del mismo autor, "Richard Twiss, un viajero contemporáneo de Carter", *Jábega*, 48, pp. 23-27 (1984); J. Caro Baroja, "Málaga vista por viajeros ingleses de los siglos XVIII y XIX", *Gibraltar*, 14, pp. 3-27 (1962); A. Gamir Sandoval. *Algunos viajeros del siglo XIX ante Málaga*, Granada, Universidad de Granada, 1962; Gonzalez Trayano, A. (dir.). *La imagen de Andalucía en los viajeros románticos*, Málaga, Diputación Provincial, 1987; B. Krahuel Heredia. *Viajeros británicos en Andalucía de Cristópher Hervey a Richard Ford (1760-1845)*, Málaga, Universidad de Málaga, 1986; Majada Neila, J. *Viajeros románticos en Málaga*, Salamanca, Cervantes, 1986; E. Mapelli. "Forasteros en Málaga", *Gibraltar*, 13, pp. 51-82 (1961).

2 R. Olaechea, *Viajeros españoles del XVIII en los balnearios del Alto Pirineo francés*, Logroño, Colegio Universitario de La Rioja, 1985, pp. 15-18.

3 Entre los tratados hidrológicos que se ocupan de los baños de Carratraca, citaremos el de A. Limón Montero. *Espejo cristalino de las Aguas de España berroseado, y guarnecido, con el Marco de variedad de Fuentes, y Baños*, Alcalá, Fco. García Fernández, 1697 y el de J. de D. Ayuda, *Examen de las aguas medicinales de mas nombre que bay en las Andalucías*, Madrid, Imp. Real, 1793-1798 (3 vols.). Existe además una serie de monografías publicadas en el siglo XVIII: J.J. García, *Dissertacion hydraulico-pharmaceutica, sobre el origen de las aguas de Hardales, su verdadero analisis cbimico, y Medicinales virtudes*, Málaga, Imp. de la Dignidad Episcopal, 1758; A. Granados, *Baños de Hardales. La verdad desnuda. En que se manifiesta, que dichos baños tienen mercurio, a quien el vulgo llama azogue*, Granada, Herederos de Don Joseph de la Puerta, 1760; M. Suárez, *Disertacion pbisico-medica. Uso y abuso de los Baños de Hardales; ilustrada con varias observaciones propicias, y adversas*, Málaga, Imp. de la Dignidad Episcopal, 1770; N. Fernández de Castro, *Dialogos criticos interlocutorios, pbil. theoretic. med. pract. de Medico, y Practicante, en abandono del Dictamen Emperico sobre al agua Frigido Thermal, vulgarmente llamada de Hardales*, Málaga, Imp. de la Dignidad Episcopal, 1785. También resulta interesante citar, por su carácter divulgativo, la obra de C. García de la Peña, (seudónimo de C. Medina Conde), *Conversaciones históricas malagueñas*, Málaga, Imp. de la Dignidad Episcopal, 1789, de la cual se publicó una edición facsimilar en Málaga, Caja de Ahorros Provincial, 1981.

Los enfermos tampoco son ajenos a una forma de curación que ofrece gratuitamente la naturaleza, lo que le otorga un carácter teúrgico, y a la que se añaden ciertos alicientes que complementan el éxito de la terapia: el viaje lejos del domicilio, la estancia de varios días o semanas, el descanso, la diversión... Atractivos a los que el propio bañista contribuye para hacer de la localidad balnearia un lugar de recreo. No es, pues, de extrañar que mejoren antes los alojamientos que las instalaciones balnearias. Carratraca se convierte así en una población muy frecuentada por enfermos de todas partes, que le proporcionan una economía boyante (aunque estacional), que forjará su independencia del término municipal de Casarabonela, al que pertenece hasta 1832.

Lo cierto es que los viajeros del siglo XVIII no pasan por el balneario, ni hacen referencias al mismo, o las hacen tan breves como la de Antonio Ponz, que se limita a mencionar: "[...] la Villa de Hardales, famosa por sus baños"⁴. Los caminos que podían conducirles allí son poco alentadores y, no teniendo como finalidad conocer los baños, lo único que puede llevarles hasta ellos es su intención de visitar Ronda, pues para hacerlo existían dos alternativas: el trayecto Pizarra-Casarabonela-El Burgo, que por ser el más corto era el preferido, o bien el que partiendo de Alora pasaba por Carratraca, pero presentaba el serio inconveniente de un pésimo tramo desde los baños hasta Peñarrubia, lugar de enlace con Ronda y Sevilla. Este será uno de los motivos por los que Richard Twiss, en pleno verano de 1773, para ir a Ronda decidiese seguir el camino de Casarabonela y dejar al norte los ya famosos baños, omitiendo noticias sobre ellos⁵.

Los turistas decimonónicos van a dar un giro a esta situación. Desde la publicación de *De l'Allemagne* de Mme. de Stael en 1813, la oposición norte-sur concedió a ciertos países mediterráneos (Italia y España) unas características más afines al sentir romántico, que popularizan España entre los franceses estimulándolos a emprender la aventura de sus caminos. Se inicia así la literatura de viajes con los de Nodier (1827), Merimée (1830 y 1845), Stendhal (1821), Gautier (1840), Quinet (1843), etc. La imagen que estos viajeros crean de España repercutirá más tarde en las visiones costumbristas de la década de los cuarenta del pasado siglo⁶.

Tampoco hemos de olvidar el importante número de españoles liberales emigrados al Reino Unido o a Francia, fundamentalmente durante la última década del reinado de Fernando VII, y que desarrollarían actividades literarias que acercarían la concepción de España de estos primeros románticos a los países que

4 A. Ponz, *Viage de España, en que se da noticia de las cosas más apreciables, y dignas de saberse, que hay en ella*, Madrid, Vda. de Joaquín Ibarra, 1772-1794 (18 vols.), XVIII, pp. 103.

5 R. Twiss, *Travels through Portugal and Spain, in 1772 and 1773*, Dublin, printed for Messrs. Exshaw, Whitestone, Potts, Chamberlaine, Williams, J. Hoey, W. Wilson, Colles, Walker, Moncrieffe, Jenkinss, Burnett, Mills, and J. Colles, 1775 (2 vols.).

6 I.M. Zavala, "La literatura: romanticismo y costumbrismo", en *La Epoca del Romanticismo (1808-1874). Las letras. Las artes. La vida cotidiana*, Madrid, Espasa Calpe, 1989, pp. 104-105, volumen que forma parte de la *Historia de España* que inició Menéndez Pidal.

los acogían⁷. Será uno de los motivos que llevan a la existencia de un predominio de viajeros ingleses y franceses por la geografía hispana y, en nuestro caso concreto, éstos son artistas o acaudalados individuos de dichas nacionalidades que viajan por placer, incluyendo en su itinerario la popular Carratraca.

Para estos viajeros decimonónicos que quieren conocer España, Andalucía es la región más atractiva y, en el sudeste, Granada y Ronda suponen templos para el espíritu romántico. El camino a Carratraca, ya lo hemos dicho, se encuentra en la ruta hacia la segunda ciudad, lo que contribuye a que se efectúen mejoras a lo largo de todo el siglo, comenzando con las promovidas en 1804 por D. Cipriano Palafox, conde de Teba (a quien pertenecían los terrenos que lindaban con las albercas), para construir un camino carretero desde Málaga a Campillos, pasando por Alora y Carratraca⁸. En 1827 se prolongó hasta la población el tramo que unía Málaga con el cortijo del Santicio, gracias a la intervención del gobernador político y militar de Málaga, D. Carlos Fabre Donoy, dueño de una gran fonda en los baños. Sin embargo, hasta junio de 1838 no son practicables las dos leguas que debían unir estos con Peñarubia, Sevilla y Ronda⁹.

No es de extrañar que personajes como William Jacob (1810), el marqués de Custine (1831), el capitán Rochfort Scott (1833) o Isidore Severine Justine Taylor (1823)¹⁰, prefiriesen realizar su viaje por el camino de Casarabonela. Ninguno menciona la localidad balnearia, con la excepción de Taylor que la describe como un lugar eminentemente terapéutico y exento de diversiones, en completa contradicción con lo que los escritos médicos o los demás viajeros nos cuentan.

Pese a todo, el camino de Carratraca es de ruedas, si bien para llegar a Ronda siguen siendo necesarias las caballerías. A esto hay que añadir que las reparaciones tras los inviernos no siempre son prontas ni completas y resulta fácil calcular los destrozos que se producían si tenemos en cuenta que aquel camino "[...] con frecuencia [...] discurre por el lecho del río, que cruzamos y volvimos a cruzar continuamente, y luego ascendimos hasta la villa de Carratraca, situada sobre una alta colina"¹¹, según narra Hoskins (1850).

7 V. Llorens Castillo, *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra* (1823-1834), México, El Colegio de México, 1954.

8 S. Madrazo, *El sistema de transportes en España, 1750-1850*, Madrid, Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos y Ediciones Turner, 1984, I, p. 303.

9 E. Herares, "Carratraca", *El Guadalborce*, I, 25, p. 195 (1839).

10 W. Jacob, *Travels in the south of Spain, in letters Written A. D. 1809 and 1810*, London, J. Johnson and Co. and W. Miller, 1811; Marquis de Custine, *L'Espagne sous Ferdinand VII*, Bruxelles, Société Belge de Librairie, 1838 (4 vols.); R. C. Scott, *Excursions in the mountains of Ronda and Granada*, London, Henry Colburn, 1838 (2 vols.); I.S.J. Taylor, *Voyage pittoresque en Espagne, en Portugal et sur la cote d'Afrique, de Tanger a Tétouan*, Paris, Librairie de Gide fils, 1826-32 (3 vols.). En el texto, las cifras entre paréntesis indican el año en que realizaron el viaje.

11 G.A. Hoskins, *Spain, as it is*, London, Colburn and Co., 1851 (2 vols.), I, pp. 289-290. En adelante, de no indicarse lo contrario, toda referencia a un autor previamente nombrado en estas notas remitirá al lugar citado en su primera aparición en las mismas.

El recorrido se podía hacer con caballerías, calesas, birlochos o diligencias, siendo estas últimas las más frecuentes, pues llegaron a existir tres compañías simultáneas que cubrían el servicio. Anatole de Démidoff, viajero francés descendiente de una acaudalada familia rusa, realiza el viaje a Carratraca en agosto de 1847 y nos ofrece una detallada descripción: "[...] estos caminos son bastante frecuentados; durante la buena estación abundan los viajeros en esta región salvaje, y Carratracas [sic], nuestro albergue de esta noche, reúne, desde que comienza el verano, mas de seis mil personas. [...] Trepano por estas altas montañas, no dejamos de encontrarnos por los caminos algunas hordas de viajeros que se valen de todos los medios posibles de transporte, entre los que se encuentran viejos vehículos que se diría exhumados de las cocheras del Rey Don Fernando, equipajes poco seguros a causa de la naturaleza de los caminos, y en los que se va extrañamente traqueteados"¹². En realidad no hay viajero que no haga referencia a la incomodidad de los vehículos y a la tortura que supone el viaje. A partir de 1852, con la apertura del ferrocarril Córdoba-Málaga, se reduciría el recorrido en diligencia, la cual recogería a los pasajeros en las estaciones de Gobantes o de Pizarra.

Otro tópico inevitable en las narraciones de viajeros, especialmente los de la España de Fernando VII, es el bandolerismo. Como dice Elena Catena: "Los bandidos o bandoleros son la obsesión morbosa de los extranjeros. Todos ellos venían con la muy deseada emoción de ser asaltados por el camino"¹³. La frecuente convivencia entre venteros, mayoresales y bandoleros no pasa inadvertida y los comentarios sobre episodios de este tipo amenizan el trayecto. En la obra anónima, *A summer in Andalucía* (1839), el autor escucha el relato de un amigo del cónsul francés en Málaga, que había sido asaltado hacía un año al volver de los Baños de Carratraca¹⁴. Aunque la descripción más amplia (también la más caricaturesca) de los peligros que acechaban a los bañistas nos la hace Benito Mas y Prat, costumbrista de finales del XIX, al recordar, durante una visita a Carratraca, tales sucesos. Recuerda los salteadores que poblaban la zona durante el reinado de Fernando VII (Francisco Esteban, Domingo Corrientes, los Siete Niños de Ecija...) y el arrojido de los bañistas que debían emprender el viaje, los cuales "[...] solían prepararse la víspera cristianamente para estas excursiones, y había quien se decidía a comulgar y confesar antes de emprender el viaje. Los escapularios de las Trinitarias, muy recomendados por la circunstancia de usarlos también los ladrones, se rociaban con agua bendita y se prendían al seno de los pasajeros de modo que se vieran por las chorreras y por el escote. Larga fila de parientes y de servidores acompañaba a los bañistas hasta el mesón de postas, y cuando la pesada

12 A. de Démidoff, *Etapas maritimes sur les Cotes d'Espagne de la Catalogne à L'Andalousie. Souvenirs d'un voyage exécuté en 1847*, Florence, Imp. de Félix le Monnier, 1858 (2 vols.), II, pp. 62-68.

13 E. Catena, "La intrahistoria: los sistemas de vida", en *La Epoca del Romanticismo (1808-1874). Las letras. Las artes. La vida cotidiana*, Madrid, Espasa Calpe, 1989, 735, volumen que forma parte de la *Historia de España* que inició Menéndez Pidal.

14 Anónimo, *A summer in Andalucía*, London, Richard Bentley, 1839 (2 vols.), II, pp. 286-287.

máquina se ponía en marcha y resonaba el crujido de la fusta atronadora, un mar de llantos y una nube de pañuelos completaban el cuadro fatal de la despedida"¹⁵.

El viajero llega por fin a la localidad balnearia, pero una vez allí nos vamos a encontrar con una ausencia casi total de información sobre el pueblo. No se describen edificios ni calles, no se cita la existencia de escuela o iglesia... Todo es anecdótico y pintoresco: la dificultad para encontrar alojamiento (que tampoco suele describirse), la multitud veraneante, la elegante sociedad, las diversiones... Los breves datos que podemos obtener de sus narraciones nos pintan un pueblo blanco y limpio¹⁶, que cuenta en 1846 con un centenar de casas¹⁷ (aunque Madoz cita casi el doble: 194)¹⁸. No debe extrañarnos, por tanto, que las menciones a los baños sean someras, apuntando apenas su clase, estado de las albercas e indicaciones terapéuticas en el mejor de los casos. Algunos llegan a escribir que se trata de un agua caliente (Démidoff) o que posee manantiales calientes y fríos (*A summer...*). Incluso Francis (1853), médico inglés muy interesado por la climatología, se ocupa tan poco de informarse sobre el tema que la califica de fuertemente mineralizada, sulfurosa y caliente¹⁹. Otros (Gautier y Desbarrolles), nombran su cualidad sulfurosa y alguna enfermedad sobre la que actúa. Severn Teackle Wallis (1847), el único viajero norteamericano del que tenemos noticia, llega a deducir por el olor, sabor y depósito que está más mineralizada incluso que la de Greenbriar, en Virginia²⁰. Será R. Ford (1830-1833), autor muy alejado de los tópicos románticos, quien describirá en su manual (el más difundido entre los viajeros del XIX) con mayor detalle las aguas: "Son de hidrógeno sulfurado, de 14° Réaumur de temperatura; el manantial es constante y abundante. Son muy frecuentadas desde el 20 de junio al 20 de septiembre. Las amplias albercas en las que se bañan los pacientes, están, como es habitual, en un estado ruinoso y lamentable"²¹. En la 5ª edición, correspondiente a 1878 y preparada ya por sus sucesores, encontramos un amplio estudio: "El *Establecimiento* es un hermoso y moderno edificio, inaugurado en 1856; actualmente bajo la dirección del Dr. J. Salgado y Guillermo [...] [Las aguas] gozan de gran celebridad por su peculiar eficacia en ciertas enfermedades de la mujer. Trastornos sífilíticos y reumáticos también son tratados aquí. Un departamento está reservado para leprosos, que también reciben un gran beneficio con el uso externo de las aguas. Entre 20 y 30 baños son necesarios generalmente para

15 B. Mas y Prat, "De Gobantes a Carratraca", en *Fantasías del año*, Madrid, Librería de Fernando Fé, 1892, pp. 213-230.

16 T. Gautier, *Viaje por España*, Madrid, Calpe, 1920 (2 vols.), II, pp. 161-164.

17 Desbarrolles, *Deux artistes en Espagne*, París, Gustave Barba, s.a., pp. 41-42.

18 P. Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de ultramar*, Madrid, 1848-1850 (16 vols.), artículo "Carratraca".

19 D.J.T. Francis, *Change or climate*, London, John Churchill, 1853, pp. 194-195.

20 S. T. Wallis, *Glimpses of Spain; or, Notes of an unfinished tour in 1847*, New York, Harper and Brothers, 1849, p. 304.

21 R. Ford, *A Hand-book for Travellers in Spain*, London, John Murray, 1847 (2ª ed.), p. 120. Existe una edición en castellano, Madrid, Ediciones Turner, 1980.

efectuar una cura. A nadie se le permite bañarse en el agua mineral sin haber obtenido primero el permiso del director médico. Hay 16 baños privados para pacientes, dos piletas públicas de mármol muy bonitas, para aquellos que prefieren el viejo sistema español de bañarse juntos; y 12 baños calientes, surtidos con agua no medicinal, para el público general²². La notoria diferencia entre este balneario y el descrito con anterioridad queda explicada al saber que, debido al ruinoso estado en que se encontraban los baños, se decidió que pasasen a ser explotados por particulares, siempre que se comprometiesen a su mejora. En 1847, Augusto José Casanova presentó su solicitud y, tras diversos retrasos burocráticos, se realiza la subasta en 1852 y en el mes de abril pasan a pertenecer al nombrado Casanova, que al año siguiente cederá sus derechos a José de la Fuente y Vida, el cual se asocia con Juan y Rafael Menjulet. Serán estos los impulsores del nuevo balneario²³.

Por lo que respecta al alojamiento, no faltarán menciones, en especial las que ponen de manifiesto la dificultad para encontrar cómo hospedarse en una pequeña villa que se ve ocupada cada año por unos 4.000 veraneantes²⁴. Para Adolphe Desbarrolles y Eugène Giraud (1846), escritor y pintor, que emprendieron su viaje a España junto a los Dumas, no fue fácil: "El posadero no tenía ni una sola habitación que ofrecernos, y era difícil encontrar un alojamiento [...]. Los menores apartamentos se alquilan allí a precio de oro, y cada piso está habitado por una familia diferente o por grupos que se lo reparten y acampan allí lo mejor que pueden". Sin embargo, estos dos artistas tuvieron suerte, pues el mismo dueño les dejó su habitación para que descansasen, costumbre muy enraizada entre los habitantes que les llevaba cada verano a alquilar sus casas mientras ellos se trasladaban a chozas: no se podía desperdiciar la oportunidad que ofrecían los forasteros de ganar dinero fácilmente, llegando los alquileres a ser tan elevados que en cuatro meses amortizaban la construcción de la vivienda (Démidoff). Pedro María Rubio (1853) contabilizaba 201 casas para hospedaje de bañistas, refiriéndonos varios tipos de alquileres: de edificios, de casas o de habitaciones con derecho a cocina. Los caseros aportaban además ropas y vajillas, peinador, sábana y silla²⁵. No sólo se edifican más casas para alquiler, sino que aumentan las fondas y los casinos. Podemos citar la del general Carlos Donoy, gobernador de Málaga, que más tarde se llamaría "Del Príncipe" por haber sido construida para albergar a Fernando VII, al manifestar éste su deseo de acudir a Carratraca a tomar las aguas, aunque esto nunca llegó a producirse, pues murió antes de que el edificio se concluyese; la de Paz o Calenco; la del León de Oro y la de la Parra, junto a otras casas de pupilos

22 R. Ford, *A Hand-book for Travellers in Spain*, London, John Murray, 1878 (5ª ed.), pp. 338-339.

23 Archivo del Ayuntamiento de Carratraca, Actas Capítulos, s. fol.

24 E. Lee, *Notes on Spain; with a special account of Malaga and its climate*, London, Hope and co., 1854, p. 59.

25 P. M. Rubio, *Tratado completo de las fuentes minerales de España*, Madrid, Establ. Típ. de D.R.R. de Rivera, 1853, pp. 135-139.

como las de Camila o las de Pérez, como las más representativas²⁶. Estas fondas nada tienen que ver con las ventas que se encuentran en los caminos y hay un buen aprovisionamiento de víveres. Hoskins será el único que refiera no haber encontrado nada que comer, hecho atribuible a que realizó su visita fuera de temporada. Porque lo cierto es que los ayuntamientos cuidan de que abunden los comestibles y todo tipo de útiles²⁷, a lo que habría que unir unos precios bastante módicos, debido a la afluencia de vendedores (Rubio). Pese a ello, siempre han de existir excepciones, como la de Gautier (1840), autor de una de las obras más populares sobre España y que ha conocido un sinnúmero de ediciones en varios idiomas: "Aleccionados por el hambre de la víspera, compramos algunas provisiones al hostelero, entre ellas un jamón, que nos hizo pagar a un precio exorbitante. Se habla mucho de los salteadores de caminos: no es en el camino donde está el peligro, sino al borde de él, en la posada; allí os acogotan, os despojan a mansalva, sin que tengais el derecho a recurrir a las armas defensivas y pegar un tiro al camarero que os presenta la cuenta. Compadezco de todo corazón a los bandidos; los hosteleros no les dejan casi nada, pues les entregan a los viajeros como limones exprimidos". Una descripción más morigerada, aunque no exenta de subrayados sobre el pintoresquismo culinario, nos la aporta Anatole de Démidoff. Ya nos advierte que él se encuentra en el pueblo con una carta de presentación de D. Melchor Ordóñez, hermano del alcalde, por lo que su agasajo en la Fonda del Príncipe no es habitual: "[...] nos encontramos allí con un lujo culinario que evoca Baden y las aguas más elegantes [...] el osado viajero, es más que probable que no encuentre en Carratraca [*sic*] otra cosa más que el *puchero* nacional y su metralla de garbanzos a la hora de cenar, o, si llega por la tarde, el fantástico *gaspacho* [*sic*] [...]".

Pero lo que ocupa primordialmente la atención y las páginas de los viajeros decimonónicos es la sociedad que habita la localidad balnearia en la época estival. Imágenes idealizadas de bellas andaluzas danzantes, engañosos cuadros costumbristas de unos veraneantes de la alta burguesía malagueña entregados a la diversión, relaciones de personajes ilustres con títulos nobiliarios... Esta es la población de Carratraca a los ojos de los románticos.

Si consideramos la temporada de baños y examinamos tan sólo a la clase pudiente, bien pudiera considerarse muy acertado el retrato colectivo que bajo el título de "El Roque y el bronquis" publicó Estébanez Calderón, "El Solitario", en sus *Escenas Andaluzas* (1847):

26 J. Salgado y Guillermo, *Monografía de las aguas sulfo, selenido, hidricas, arseniadas, bicarbonatadas, alcalino-térreo, metálicas de Carratraca*, Madrid, Manuel Minuesa, 1860, pp. 49-50; R. Ford, *A Hand-book...*, (5ª ed.).

27 Archivo del Ayuntamiento de Casarabonela, Actas Capitulares, 18-9-1831: "[...] por lo tocante a Carratraca en donde por la calidad de personas á cuyo beneficio debe atenderse con más esmero y escrupulosidad para que el Surtido de los Artículos de Abasto sean con proporción á el estado de Salud de los concurrentes á aquellos Baños y que forman un verdadero hospital acordaron arrendar los mismos Ramos de Carne cuyo Surtido ha de ser de Carnero y de Baca, el de Aceite, vino, vinagre y Jabon, todo de buena Calidad [...]".

Allí los serranos y rondeños, los mayorazgos y el señorío de los pueblos de la campiña; allí de Sevilla, de su tierra baja, de Cádiz, de Tarifa, y los Puertos, de Málaga, Granada, Córdoba y demás partes de Andalucía alta, vienen en certamen de boato y ostentación, menos á tomar ellos remedio para sus pasados deslices y ellas á buscar confortativo á sus parasismos y debilidades en los nervios, que á hacer gala de riqueza todos, en busca de placer y recreación muchos, y no pocas á feriar su hermosura, juventud y gentileza [...]²⁸.

El autor añade la libertad que supone para esposa e hijas la estancia en esta población, siendo la receta de los baños la mejor excusa. No es de extrañar que el balneario fuera un lugar muy a propósito para jóvenes de ambos sexos dispuestos a encontrar, entre efluvios sulfurosos, un amor romántico y unos esponsales dignos como se acierta a entrever en el cuento de Valera, "El doble sacrificio" (1897)²⁹.

Estos bañistas "aficionados", estos enfermos imaginarios, estos pacientes de la moda, surgen junto a la fama de Carratraca, la de sus fiestas más que la de sus aguas. Ya en 1817 se quejaba Félix Haenseler: "Los mas de los facultativos que allí van es a lucrarse, y acompañando á sugetos que solo tratan de divertirse. Las señoras han hecho moda el ir á estos baños, que entre el vulgo tienen fama de fecundos, y exigen con frívolos pretextos de los profesores se los ordenen [...]"³⁰.

La nobleza y la alta burguesía se integran perfectamente en ceremoniales de lujo. Así, José Carlos Bruna nos cita un baile de disfraces, durante los festejos de agosto de 1864, por el que desfilan apellidos como Heredia, Huelin, Grund, Scholtz, Pikman... y títulos como los de marqueses de Casa Loring, de Peñafloreda, de la Paniega, duquesa de Medina de las Torres, condesa de Nava del Tajo, barón de San Calisto y unos cuantos más³¹. Esta sociedad privilegiada se entregaba con empeño a las diversiones, entre las que sobresalía el cante y el baile. Para ellos se organizaban también corridas de toros, inicialmente durante los festejos de agosto, en la plaza principal del pueblo y a partir del 25 de julio de 1878 en una flamante plaza de toros, construida tan solo dos años después de la Malagueta de Málaga.

Otra de las atracciones será la excursión a la Cueva de la Mina de la Candelaria (hoy conocida como cueva de D^a Trinidad, por Trinidad Grund), visita obligada para todo bañista, pero a la que sólo hacen mención Démidoff y Mas y Prat, deteniéndose en describir los mágicos efectos de la luz sobre estalactitas y estalagmitas. Y si no se quería salir del pueblo siempre se podían dar agradables paseos por la Glorieta o la Alameda³².

28 S. Estébanez Calderón, "El Roque y el bronquis", en *Escenas Andaluzas*, Madrid, Ed. Ibero-Americana, s.f., pp. 111-131.

29 J. Valera, "El doble sacrificio", en *Obras completas*, Madrid, Imp. Alemana, 1908, XV, pp. 23-34.

30 F. Haenseler, *Ensayo para un análisis de las aguas de Carratraca*, Málaga, Imp. de L. de Carreras, 1817, p. 14.

31 J. C. Bruna, *Tres días en Carratraca*, Málaga, Imp. del Avisador Malagueño, 1864, pp. 10-15.

32 R. Ford, *A Hand-book...* (5ª ed.).

Pero la forma preferida de pasar el tiempo es con el juego, y no me refiero a juegos como la pelea de ciegos a escobazos, la cucaña o la pesca de la perla, reservados a los más jóvenes (Mas y Prat), sino a los juegos de azar. Gautier nos legó la descripción más famosa: "Allí se juega a todo trapo, y, aun cuando era muy temprano, las cartas y las onzas de oro andaban de mano en mano. Era algo horrible ver aquellos enfermos, de fisonomías terrosas y verdes, más feas aún por la rapacidad, alargando con lentitud sus dedos convulsos para apoderarse de su presa". Y aunque el único viajero italiano que habla de Carratraca no pasa por ella, Adolfo de Foresta tiene noticias en Málaga de que los juegos prohibidos en aquel momento siguen vigentes en la población³³.

Ante esta visión de la sociedad balnearia surgen de forma ineludible las preguntas: ¿dónde están los enfermos?, ¿dónde la terapéutica?, ¿no existen menesterosos?

Bien es cierto que sólo una tercera parte de los concurrentes a Carratraca en verano podían considerarse enfermos, es decir, sólo un minoría (Rubio); pero no cabe duda de que el viajero romántico que exaltó al español del pueblo, digno e independiente, parece ajeno a los herpetismos y al hambre. Tenemos que recurrir nuevamente a Démidoff, que muestra ser el más observador y ecuánime, para obtener algún dato: "Apenas llegado a Carratracas [sic] no se tarda en ser visitado por los postulantes que imploran la piedad del recién llegado para los enfermos indigentes que no pueden pagar su estancia. Esta legítima limosna nunca es solicitada en vano". Efectivamente, desde que en 1827 el gobernador Carlos Fabre Donoy abriese una casa hospital para hospedar a los pobres, serían las colectas populares las que mantendrían la instalación aunque ésta fuese mísera, sin camas, ni muebles³⁴. Pero a mediados de siglo las mejoras son notables, pues según Rubio: "hay un hospital, objeto predilecto de la piedad de los bañistas, quienes por suscripciones voluntarias y postulación diaria, proveen en él á los pobres de camas y buena comida, facilitándoles bagaje para volver á sus casas". A partir de 1858 existen ya fondos de la Junta Povincial de Beneficencia de Málaga para la asistencia de los pobres, garantizándoles alojamiento y dos comidas³⁵.

Es el otro aspecto de la realidad social, la "cuestión social", que los viajeros románticos eluden. Y es que ninguno de ellos es un agüista, ninguno pasa más de un día en el pueblo, ni se hospeda más de una noche. Denuncian el mal estado de los caminos y los transportes, pero omiten comentarios sobre las instalaciones balnearias y los enfermos, origen y esencia de la población de Carratraca. Efectivamente, tanto éstos como los costumbristas prefieren el pintoresquismo, la anécdota y la imagen congelada de una Andalucía de pandereta, canto y baile. No obstante, nos aportan toda esta serie de datos que, si bien pueden resultar las más de las veces exagerados, caricaturescos o idealizados, nos ayudan a componer un fresco de esos aspectos frívolos que estuvieron siempre presentes en la vida de los

33 A. de Foresta, *La Spagna -da Irun a Malaga-*, Bologna, Nicola Zanichelli, 1879, p. 458.

34 Archivo del Ayuntamiento de Casarabonela, Actas Capitulares, 29-10-1831, s.fol.

35 F. Salgado y Guillermo, *op. cit.*, pp. 58-59.

balnearios del siglo XIX, modulando el significado que en tal contexto pudieran tener enfermedad o terapéutica. Son los viajeros que, según Estébanez Calderón (el cual no está exento de la misma falta), "[...] encontrándose por ventura en Cádiz, Málaga o Gibraltar, y oyendo hablar de los nombrados baños, quieren visitándolos aprovechar la buena ocasión de conocer mejor el país, amén de adornar su álbum con algún pintarrajo tomado al través y pintado con brocha, y de enriquecer sus apuntes y recuerdos de viaje con algún mentirón estupendo, que después se revela en lindo periódico o *keepsek* [sic] de impresión de París y Londres, [...]".